

Ensayo sobre una tragedia: el exterminio de los indígenas en Uruguay o acerca del porqué somos un pueblo triste

Essay on a tragedy: the extermination of the indigenous in
Uruguay or about why we are a sad people

Sabina Sebasti
Universidad de la República - Uruguay

<https://doi.org/10.5007/2176-8552.2024.e98659>

Resumen

Este ensayo procura indagar las causas de los preocupantes índices de depresión y suicidios en el Uruguay. Cientistas sociales, con sus métodos positivistas, aún no han conseguido dar explicaciones a esta tragedia, mientras que poetas, literatos y artistas han quedado al margen de ofrecer respuestas sobre esta materia, como si no fuesen capaces de entender los abismos del alma humana. Estas páginas pretenden revelar que existen traumas colectivos, que la memoria es un fenómeno social arraigado en la vida de una comunidad. El proceso de exterminio de los indígenas en el Uruguay, en especial del pueblo charrúa, ha quedado silenciado bajo narrativas hegemónicas y colonialistas de la historia oficial que insisten en construir una identidad nacional de país blanco y sin indígenas. A partir de un análisis del concepto de historia en Walter Benjamin es posible afirmar que la sociedad carga con sus traumas en cuanto no encuentre el camino histórico de compensar sus víctimas. Este ensayo pretende indagar esa percepción distópica de desesperanza y constituir en sí mismo un lugar de memoria, cuya lectura contribuya, de forma tal vez misteriosa, a la redención de los oprimidos y pacificación de un pueblo.

Palabras clave: exterminio indígena; memoria colectiva; suicidio; colonialismo.

Resumo

Este ensaio procura investigar as causas dos preocupantes índices de depressão e suicídio no Uruguai. Os cientistas sociais, com seus métodos positivistas, ainda não conseguiram explicar essa tragédia, enquanto poetas, escritores e artistas foram deixados à margem de oferecer respostas sobre essa matéria, como se não fossem capazes de entender os abismos da alma humana. Estas páginas pretendem revelar que existem traumas coletivos, que a memória é um fenômeno social enraizado na vida de uma comunidade. O processo de extermínio dos povos indígenas no Uruguai, especialmente do povo charrua, foi silenciado sob narrativas hegemônicas e colonialistas da história oficial que insistem em construir uma identidade nacional de país branco e sem indígenas. A partir de uma análise do conceito de história em Walter Benjamin, é possível afirmar que a sociedade carrega consigo seus traumas na medida em que não encontra o caminho histórico de compensar suas vítimas. Este ensaio pretende indagar essa percepção distópica de desesperança e constituir, por si só, um lugar de memória, cuja leitura contribua, de forma talvez misteriosa, à redenção dos oprimidos e à pacificação de um povo.

Palavras-chave: extermínio indígena; memória coletiva; suicídio; colonialismo.

Cuando la memoria duele, todo duele.

Néstor Ganduglia

“Somos un pueblo triste porque cargamos con la culpa colectiva de haber matado a todos los indígenas”, me dijo una vez una profesora cuyo nombre no recuerdo. Una afirmación sin ninguna base racional – pensé inmediatamente en el momento en que la escuché – sin embargo, y con el pasar del tiempo, esta frase comenzó a cristalizarse en mi memoria y a adquirir sentido en los panoramas cotidianos de mi país. Pues si se recorre el interior del Uruguay, en especial atravesando el centro o el norte del territorio, donde las llanuras se mezclan con onduladas serranías de piedra y vegetación autóctona, y se observan aquellos árboles frágiles, sin follaje, de ramas secas que proyectan sus contornos sobre un cielo a menudo gris, es posible sentir los densos matices de la melancolía. Y aún en medio de esos silenciosos entornos, alguna vieja tapera abandonada, que persiste a la devastación del clima y de la historia, erguida con sus muros carcomidos por el desamparo, evoca una extraña sensación de pérdida y desolación. “A palavra história está gravada, com os caracteres da transitoriedade, no rosto da natureza. A fisionomia alegórica da natureza-história [...] só está verdadeiramente presente como ruína” (Benjamin, 1984, p. 199-200). Toda ruina es alegórica en el sentido de que evoca una ausencia, señala los vestigios de lo que ya no está, el vacío dejado por aquello que falta. Así como todo paisaje nunca es apenas un paisaje, es siempre algo que fue intervenido, desangrado, destruido, un paisaje plasma la memoria de la historia, afirma el artista plástico Anselm Kiefer (En Gagosian Premiers, 2021).

Figura 01: Fotografía de un árbol partido por un rayo en el departamento de Cerro Largo, Uruguay



Fuente: la autora

En el Uruguay la tristeza se respira... y no sólo en la atmósfera del paisaje (fig. 01). Desafortunadamente el Uruguay es una nación con un preocupante índice de suicidios. Según un artículo publicado recientemente por Infobae (2023), “Uruguay es rico, estable e igualitario. Según las clasificaciones internacionales, es el país más feliz de Sudamérica. Sin embargo, su tasa de suicidios [...] es más del doble de la media de América Latina y el Caribe”. Un país en donde la tasa de desempleo ha descendido desde 2020 situándose en la media de la región, la tasa de suicidios ha crecido un 50% desde 2010. Tal como cita el artículo de prensa “esta situación es desconcertante” (Infobae, 2023). Este no es apenas un problema reciente, más de una década atrás, Gerardo Lissardy (2012, n. p.), un corresponsal para BBC Mundo, publicaba: “En Uruguay hay una pregunta que intriga a los científicos y preocupa a las autoridades: ¿por qué en este país de relativa prosperidad hay más suicidios que en otras partes de América Latina?”. En dicha nota, el entonces director

del Programa de Salud Mental del Ministerio de Salud Pública del Uruguay, Hebert Tenenbaum, expresó la gravedad del problema, que, a pesar de las medidas tomadas, la cuestión del porqué seguía sin respuesta, y agregó que no obstante el crecimiento económico y la baja del desempleo las tasas de suicidios no habían disminuido. Tenenbaum, entrevistado por Lissardy (2012) también enfatizó que el problema se daba principalmente en zonas rurales, donde la cohesión social era menor, lo que sugeriría una vinculación entre el aislamiento, la soledad y la depresión. “Siempre se ha dicho que el uruguayo es depresivo”, comentó. “Seguramente hay una asociación entre depresión no tratada y suicidio” (Lissardy, 2012, n. p.). En la misma nota de prensa, Federico Dajas, investigador jefe del Instituto de Investigaciones Biológicas Clemente Estable, manifestó que le habría encantado encontrar una respuesta, mas que esa respuesta no existía. En sus investigaciones, Dajas, intentó establecer una relación estadística entre los suicidios y los índices económicos como nivel de vida, vivienda y desempleo, pero sin ningún éxito. En su opinión este fenómeno podría estar “vinculado a la situación de Uruguay de ‘país trasplantado’, con una mayoría de población descendiente de inmigrantes europeos que pudieron haber trasladado ciertas influencias genéticas” (Lissardy, 2012, n. p.). Sin embargo, el índice de suicidios en Uruguay no se corresponde con el de los países europeos de donde estas influencias genéticas provienen.

Retengo, por el momento, esta noción de “país trasplantado”, esta imagen de un pueblo que no posee un arraigo ancestral a la tierra que ocupa. ¿Podría ser esto una causa de tanta tristeza, depresión y suicidio? ¿Puede ser este un factor desencadenante de la falta de cohesión social que conduzca a la autoeliminación? (Busch, 2012). Tal vez no sea posible afirmarlo con bases científicas, no obstante, la ciencia centra la definición de memoria en cuanto facultad o proceso cognitivo que ocurre en la interioridad psíquica del sujeto. En estas páginas se pretende dar luz al concepto de memoria como

fenómeno social, arraigado en la vida de una comunidad. Así como también se propone esclarecer que los traumas que pueden llevar al ser humano a la depresión, o al suicidio, no son fenómenos exclusivos de procesos psíquicos personales y subjetivos, sean conscientes o inconscientes. También existen traumas colectivos. A partir del conocido aforismo de Benjamin (2008, p. 42): “no hay un documento de cultura que no sea a la vez un documento de barbarie”, es posible afirmar que la sociedad también carga con sus traumas, en cuanto ella misma, de alguna forma, no encuentre el camino histórico de compensar sus víctimas.

Ya casi un siglo atrás, el sociólogo francés Émile Durkheim (1928, p. 326) afirmaba que “es la constitución moral de la sociedad la que fija en cada instante el contingente de las muertes voluntarias. Existe pues, para cada pueblo una fuerza colectiva, de una energía determinada, que impulsa a los hombres a matarse”. En ese mismo capítulo titulado “El suicidio como fenómeno social en general”, de su libro *El suicidio, un análisis sociológico*, el autor aseveraba que cada sociedad humana tiene, al respecto de este acto “una inclinación colectiva que le es propia y de la que proceden las inclinaciones individuales; de ningún modo nace de éstas” (Durkheim, 1928, p. 326). Y detallaba, a continuación, que los sucesos particulares de cada sujeto, definidos como las causas próximas que le afectan, no constituyen más que una introyección del estado moral de la sociedad en la cual se halla inmerso. En este sentido, definía a la depresión como un estado de melancolía lánguida que envuelve al individuo, que “le viene de afuera, pero no de tal o cual incidente de su carrera, sino del grupo de que forma parte” (Durkheim, 1928, p. 326).

No obstante, sea preciso reconocer el mérito de Durkheim en situar al suicidio como fenómeno social, compendios de investigaciones sobre este tema han sido guiados por el liderazgo inexorable de su principal progenitor:

el positivismo. O sea, la enorme mayoría de las investigaciones que he leído sobre el suicidio y que pretenden servir de base a las políticas de prevención, especialmente en el Uruguay, han sido conducidas por científicos sociales. Investigadores que, intentando encontrar explicaciones a esta tragedia, fundamentan sus conclusiones (o la ausencia de ellas) en datos estadísticos, en análisis cuantitativos proyectados en tablas numéricas y en gráficos. Siendo, todos ellos, estudios que no hablan de la profundidad de los dramas humanos que verdaderamente conmueven, motivan y conciernen, como la soledad, la falta de amor, el miedo a la vida o la angustia de la existencia. Sino que se limitan a hablar de franjas etarias y de grupos poblacionales, de las relaciones entre variables y de los procedimientos matemáticos adecuados para la sistematización de datos. De tal magnitud es la herencia positivista que ha recaído sobre este tema.

A todo esto, resuena en mi mente la frase de Friedrich Nietzsche (1990, p. 32): “hasta ahora carece aún de historia todo lo que ha dado color a la existencia”. Pues, parece ser que los poetas, literatos y artistas han quedado al margen de cualquier razonamiento formal y sensato sobre esta materia, de cualquier tentativa provechosa de advertencia sobre esta tragedia, como si no fueran capaces de sondear con seriedad los abismos del alma humana. “Esta obstinación en morir, tan extraña y sin embargo tan regular, tan constante en sus manifestaciones, por lo mismo tan poco explicable por particularidades o accidentes individuales” (Foucault, 2007, p. 168). Agregaría también y hasta el momento, tan poco explicable por la ciencia.

Cuando una persona pone fin a su vida ya no existe la posibilidad de interrogarla, de indagar sus percepciones, pensamientos o sentimientos sobre sus vivencias. Ya no hay vida. Sólo deja tras de sí un vacío irrecuperable. Es allí donde se transforma en número, en estadística, en apenas un dato. Que ni siquiera vale por sí mismo, sino sumado a otros datos, números,

estadísticas. Es aquí donde toda pretensión de análisis cualitativo se rompe. Quizás ante la imposibilidad de preguntarle al suicida cuáles fueron sus últimos pensamientos, ni qué le pasó o qué lo condujo a tal decisión.

En la esperanza de que las notas suicidas pudiesen dar algún tipo de información o explicación, si bien sucinta, es que se publica el estudio titulado “No escribo más... se me nubló la vida: análisis de notas suicidas en la vejez”, contenido en la *Revista de Ciencia Sociales*, del departamento de sociología de la Universidad de la República (UDELAR). El análisis, enfocado desde una perspectiva cuantitativa, se circunscribe finalmente a agrupar los contenidos semánticos recopilados en las notas en tres subgrupos. En primer lugar “grupo de notas con referencias inmediatas [...] se caracteriza por manifestar fuertes sentimientos de miedo, confusión, ansiedad, cansancio o desesperanza”, en segundo lugar el “grupo de notas racionales [...] parecería ser expresar una última voluntad o dejar instrucciones a los allegados para proceder luego de la muerte” (Hein et al., 2020, p. 26) y un tercer grupo con “referencias externas violentas [...] de agresión dirigida al exterior, enfocada en culpabilizar, acusar o criticar a personas o situaciones de su entorno” (Hein et al., 2020, p. 27). Sin embargo, mas allá de esta presentación de resultados que intenta establecer algunos patrones de coincidencia, no hay, en dicha publicación, un estudio profundo de las causas o móviles. En realidad, porque resulta imposible hacerlo a través de las notas, que, en definitiva, lo único que sí atestiguan es la premeditación del acto mismo, la voluntad de la víctima de aniquilarse. Ya que, después de todo, miedo, desesperanza, confusión, cansancio, ansiedad, desesperación o rabia son estados emocionales recurrentes en el transcurso de cualquier existencia humana, no únicamente en suicidas. Así como dejar asentada la última voluntad respecto a su legado o de cómo querría que fuesen sus ritos funerarios, resulta ser una iniciativa corriente en cualquier individuo que perciba la inminencia de su propio fallecimiento. El análisis de las notas

suicidas resulta ser una investigación loable en sus intenciones y original en la elección de su objeto de estudio, pero que revela, una vez más, la magnitud enigmática e indescifrable de esta forma de morir.

Este es un texto difícil, áspero, escabroso y solitario... la dificultad en abordar esta temática es inefable. He sentido, en la medida en que he intentado adentrarme en este tema, el peso de décadas de recolección de registros con sus respectivos procesamientos de datos, con los cuales se pretende situar y clasificar el problema. Como si una suerte de autopsia numérica sobre el tejido social pudiese identificar las causas de esta desgracia crónica.

Cualquiera que no pueda arreglárselas con la vida mientras está vivo necesita una mano para apartar la desesperación sobre su destino... pero con la otra mano puede apuntar aquello que ve entre las ruinas, pues ve más y diferentes cosas que los demás: después de todo está muerto durante su propia vida y es el real sobreviviente (Kafka, 1921, *apud* Arendt, 1990, p. 158).

Con dicho epígrafe comienza Hannah Arendt uno de sus capítulos sobre Walter Benjamin, en su libro *Hombres en tiempos de oscuridad* (1990). Un pensador de tiempos sombríos que terminó con su vida en una situación muy sombría, pues “el 26 de setiembre de 1940, Walter Benjamin, que estaba a punto de emigrar a los Estados Unidos, se quitó la vida en la frontera franco-española” (Arendt, 1990, p. 156). Pocos días antes la Gestapo, la temible fuerza policial de la Alemania nazi, había confiscado su biblioteca de su apartamento en París y esto fue ya para Benjamin como un asesinato. “Pero la ocasión inmediata para el suicidio de Benjamin fue un inusual golpe de mala suerte” (Arendt, 1990, p. 156). Benjamin, junto a un grupo de refugiados había llegado caminando hasta Port-Bou, una pequeña localidad en España, en la frontera con Francia, con la esperanza de cruzar a Portugal y de allí partir en barco para los Estados Unidos. En Port-Bou, se entera que España había cerrado las fronteras ese mismo día y

v i s
d e l
e r
u r a
t r a
v e
i a

que los refugiados debían regresar a Francia al otro día. “Durante la noche, Benjamin se quitó la vida, y como este suicidio causó gran impresión en los guardias fronterizos, permitieron a los demás refugiados cruzar a Portugal” (Arendt, 1990, p. 157).

Relato estos acontecimientos en la hipótesis de que, tal vez, todo lo que se necesita para cometer un acto de auto eliminación sea una circunstancia histórica sombría y un golpe de mala suerte. En Uruguay ya contamos con lo primero... Lo explicaré más adelante, paciencia lectores, por el momento seguiré un poco más con Benjamin, pues no puedo dejar de pensar que sus escritos fragmentarios, inconclusos, herméticos y anacrónicos (Löwy, 2002) constituyen, de alguna forma, sus “notas suicidas”, de cuya lectura espero sea posible encontrar respuestas.

En sus “Tesis sobre el concepto de historia”, el filósofo enfatiza la idea de redención. En varias partes de este ensayo presenta una idea particular de la historia, una visión bajo la cual la injusticia no sería una instancia superada hasta que, de algún modo, la deuda que los vencedores han contraído con sus víctimas sea finalmente saldada. En otras palabras, no hay un verdadero avance o progreso en cuanto a los vencidos, a las almas que han sufrido, o sea, a los oprimidos, no se les reconozca el derecho a la liberación y a la realización.

En la idea que nos hacemos de la felicidad late inseparablemente la de la redención. Lo mismo sucede con la idea del pasado, de la que la historia hace asunto suyo. El pasado lleva un índice oculto que no deja de remitirlo a la redención. ¿Acaso no nos roza, a nosotros también, una ráfaga del aire que envolvía a los de antes? ¿Acaso en las voces a las que prestamos oído no resuena el eco de otras voces que dejaron de sonar? [...] También a nosotros, entonces, como a toda otra generación, nos ha sido conferida una débil fuerza mesiánica a la que el pasado tiene derecho de dirigir sus reclamos. Reclamos que no se satisfacen fácilmente, como bien lo sabe el materialista histórico (Benjamin, 2008, p. 36-37).

El ensayo fue escrito entre finales de 1939 y principios de 1940, poco antes de la tentativa fracasada de Benjamin de escapar de Francia. Una copia del texto fue enviada a Hannah Arendt, quien la envió a Theodor Adorno, quien lo publicó por primera vez en 1942. Es un texto donde el materialismo histórico se conjuga con una mística mesiánica, y por eso mismo ha sido incomprendido o menospreciado. Esto no sucede en pensadores como Michael Löwy, Enrique Dussel o Leonardo Boff, por citar algunos, que advirtieron en estas “Tesis sobre el concepto de historia” una clara intuición premonitoria de lo que luego sería en América Latina la teología de la liberación. “Para Benjamin, la teología no es una meta en sí misma, no apunta a la contemplación [...] está al servicio de la lucha de los oprimidos” (Löwy, 2002, p. 52).

Esta concepción se encuentra también en el Libro de los Pasajes, cuando Benjamin cita a:

Lotze como crítico del concepto de progreso: Resulta inquietante... el pensamiento de que la civilización está repartida entre las sucesivas generaciones, de modo que las últimas gozan del fruto crecido del esfuerzo sin recompensa, y a menudo de la miseria de las anteriores [...] No puede haber progreso alguno... mientras no se incremente la felicidad y plenitud de las mismas almas que antes padecieron (Benjamin, 2005, p. 481).

En esta visión filosófica de la historia, el simple transcurrir del tiempo no prescribe las reivindicaciones de las generaciones pretéritas, sus reclamos no están perdidos en el olvido, por el contrario, coexisten en el presente. Se hace imprescindible “que el progreso se cumpla también para las generaciones pasadas, de una manera misteriosa” (Löwy, 2002, p. 56).

Pero y entonces, ¿cómo redimimos a las víctimas si ya están muertas? ¿Y si no han dejado ni descendientes, si ya no tienen objeto sus reclamos? ¿Cómo traemos de vuelta a los muertos? ¿Como exorcizamos a una sociedad

de su propia culpa? Esta concepción histórica es a su vez profana y pesimista. Profana, en el entendido de que no hay una deidad que resuelva este conflicto, sino que es la humanidad misma quien debe realizarlo. Y pesimista, pues no se trata de construir un futuro ideal, sino de mirar al pasado con el propio espanto que el pasado merece.

Hay un cuadro de Klee que se titula *Angelus Novus*. Se ve en él un ángel, al parecer en el momento de alejarse de algo sobre lo cual clava la mirada. Tiene los ojos desorbitados, la boca abierta y las alas tendidas. El ángel de la historia debe tener ese aspecto. Su rostro está vuelto hacia el pasado. En lo que para nosotros aparece como una cadena de acontecimientos, él ve una catástrofe única, que arroja a sus pies ruina sobre ruina, amontonándolas sin cesar. El ángel quisiera detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo destruido. Pero un huracán sopla desde el paraíso y se arremolina en sus alas, y es tan fuerte que el ángel ya no puede plegarlas. Este huracán lo arrastra hacia el futuro, al cual vuelve las espaldas, mientras el cúmulo de ruinas crece ante él hasta el cielo. Este huracán es lo que nosotros llamamos progreso (Benjamin, 2008, p. 44-45).

A este respecto, el escritor Giorgio Agamben (2011, p. 16) tiene una frase tan dura como realista: “el conocimiento supremo es aquel que llega demasiado tarde, cuando ya no nos sirve”. Hay veces que pienso que sólo los poetas son capaces de contemplar el infortunio tal como es, de estimarlo, hasta de admirarlo. El resto de los mortales apenas evitamos posar nuestra mirada sobre la desgracia o si lo hacemos es para desesperadamente intentar remediarla, como quien sacude un cuerpo tieso cuando ya no respira. Si bien, para Benjamin, la contemplación atenta y consciente de las injusticias históricas no sería suficiente. “Para que la redención pueda producirse, es necesaria la reparación – en hebreo, *tikkun* – del sufrimiento, de la desolación de las generaciones vencidas, y el cumplimiento de los objetivos por los cuales lucharon y no lograron alcanzar” (Löwy, 2002, p. 59). Es preciso advertir que este proceso de reparación se complejiza cuando no sólo

las generaciones vencidas han desaparecido, sino cuando también se han disipado sus sueños, sus utopías y sus luchas. Tal es el caso de los genocidios contra las poblaciones originarias de América Latina. Cuando toda una etnia desaparece, bueno, la desaparecen y no queda nada tras de sí. Cuando la devastación es tan radical que no restan ni vestigios de su cultura, ni de su idioma, ni de sus costumbres, cuando no se sabe cómo pensaban, cuáles eran sus ideales. En nuestro continente se han aniquilado pueblos enteros antes de siquiera conocerlos, y esto ha ocurrido de manera brutalmente rápida, en un tiempo histórico relativamente breve y reciente. Por otra parte, los conceptos de lucha social, de lucha de clases, de explotadores y oprimidos o de conquistadores y conquistados, son articulaciones propias de nuestra cultura, occidental u occidentalizada. En aquellas otras culturas calificadas como bárbaras o salvajes por los agentes del dominio colonialista ¿cuáles eran entonces sus luchas, sus causas? Tal vez la de conservar sus costumbres y el territorio que los nutría, en el sentido más amplio del término. Digo tal vez, pues en realidad no se sabe. La preservación de la naturaleza es hoy por hoy la única causa que aparentemente se rescata de los pueblos originarios de América y, no obstante, esto surge de una reinterpretación, de una resignificación actual frente a la destrucción de los biomas y la crisis climática. Seguramente, preservar los espacios naturales no constituía un motivo de lucha social para las etnias originarias de América, pues aún no habían vivenciado los desfalcos de la revolución industrial, ni siquiera imaginaban esa posibilidad antes de la colonización europea que sufrió el continente.

Parece posible seguir luchando por las causas de los oprimidos cuando existe una continuidad histórica. Por ejemplo, en el caso de la lucha por los derechos de los trabajadores, pues es una batalla característica de la modernidad, enmarcada en los parámetros civilizatorios occidentales. Lo mismo respecto a las víctimas de un golpe de Estado y a los mártires que

v i s
d e l
e r
u r a
t r a
v e
i a

lidiaron por evitarlo. Pues, con la vuelta a la democracia, como sucedió en tantos países de América Latina, se reestablece la continuidad de sus luchas, de sus causas; se crean leyes y se instrumentan políticas para preservar la democracia, se erige un memorial, se condena a quienes incumplieron los derechos humanos o hasta es posible, aún con todas las dificultades, continuar investigando para saber la localización de los cuerpos enterrados o si fueron arrojados al mar por comandos militares. Pero ¿cuáles eran las reivindicaciones de los charrúas? de tantas etnias exterminadas, inermes frente al avance implacable y depredatorio del colonialismo, cuya única lucha, si la hubo, fue la de mantenerse con vida.

Figura 02: Fotografía de un cementerio abandonado en el departamento de Tacuarembó, Uruguay



Fuente: la autora

Si se recorre la ruta 31, que atraviesa buena parte del centro norte del país, desde el centro hasta el oeste del territorio del Uruguay – que lleva el nombre de un militar del siglo XIX, como tantas rutas nacionales – es

posible encontrar varios cementerios abandonados que se divisan desde la carretera (fig. 02). Probablemente nada ilustre mejor la imagen del olvido. Un lugar donde hasta los muertos fueron olvidados. Un cementerio sin flores ni estampas, donde cruces de bronce y lápidas fueron saqueadas. Un cementerio cubierto de piedras, pero no de piedras que yacen colocadas con el esmero de un símbolo del recuerdo – al estilo de un camposanto judío, en hebreo *beit-olam* –, sino emplazadas por el desmoronamiento, la erosión y el derrumbe que dan cuenta de la desidia, del descuido, de la desmemoria.

El siglo XIX fue un siglo sangriento. Marcado por las luchas caudillistas por el poder en medio de los procesos independentistas, impactado por las funestas repercusiones en la región de las conquistas napoleónicas en el viejo continente. En Uruguay, en la primera mitad de dicho siglo fue perpetrado el genocidio contra las poblaciones indígenas. “Desde antes de la Independencia en 1830, los distintos gobernantes se ocuparon de perseguir a los pueblos indígenas que existían en el territorio: grupos charrúas, guenoas-minuanes, bohanes, arachanes, entre otros” (Repetto, 2023, p. 84). Si bien existieron diversas campañas de exterminio promovidas contra los indígenas, el momento crucial de esta tragedia fue la llamada Masacre de Salsipuedes contra el pueblo charrúa.

“En el año 1831, apenas pasado un año desde la Jura de la Constitución, el ya presidente Fructuoso Rivera respondió a las múltiples quejas de hacendados por los robos de ganado que atribuían a los indígenas” (Repetto, 2023, p. 85). Cuidar del negocio del agro comenzaba a transformarse en una responsabilidad del Estado que asumía velar por la seguridad de las propiedades rurales. En esa época, de campos aún sin alambrar, el robo de ganado era frecuente y se culpaba de los saqueos a los charrúas, que eran estigmatizados como “salvajes” e “infieles” (Bracco, 2013). “Era notorio que entre ese puñado de charrúas se ha abrigado un número considerable

de asesinos y ladrones [...] Por eso el gobierno debía pedir en sesión secreta a las Cámaras, autorización para concluir a los charrúas”, se detalla una correspondencia oficial de la época (Bracco, 2013, p. 159). En dicho contexto, el General Fructuoso Rivera, primer presidente constitucional del Uruguay, urdió el plan militar secreto contra los “infieles” y encomienda la operación a uno de sus comandantes quien debía engañar a los caciques charrúas bajo el pretexto de “que el ejército necesita de ellos para ir a guardar las fronteras del Estado” (Bracco, 2013, p. 162), ya que los mismos charrúas habían batallado como los principales aliados de las fuerzas de Rivera contra los siete pueblos de las Misiones y en campañas de protección de las fronteras del norte del país frente a las invasiones de los portugueses. Así, luego de reunir a los principales jefes charrúas y sus familias en el lugar señalado para la emboscada, acampados al margen del arroyo Salsipuedes mientras aguardaban las supuestas órdenes, se abrió fuego en la noche. Si bien los ataques a los charrúas se siguieron prolongando después de 1831, este episodio significó el punto culminante del proceso de exterminio. “En Salsipuedes y según muestran las fuentes de archivo, fueron asesinados cerca de 40 varones y capturados como prisioneros a más de 300 personas entre mujeres, niños, niñas y adultos varones” (Repetto, 2023, p. 85). Pocos días después, el contingente de prisioneros fue administrado por el gobierno que dispuso su traslado a Montevideo y publicó avisos exhortando a la población a que adoptaran mujeres y niños indígenas en casas de familia, para “convertir esta muchedumbre salvaje en una porción útil de la sociedad”, según asienta el propio Rivera en aviso oficial a través del principal medio de prensa de la época (Repetto, 2017, p. 60). Las autoridades encomendaron separar a las madres de sus hijos. El destino de los hombres fue el ejército o la cárcel, algunos fueron deportados. Finalmente, los que la historia uruguaya recuerda como ‘los últimos charrúas’, tres hombres y una mujer embarazada, fueron llevados en 1833 como ejemplares exóticos a París con fines de investigación

científica.

Poco se sabe del destino final de los charrúas, de una historia silenciada a través de bautismos forzados, esclavitud doméstica, torturas y deportaciones. “Las principales resistencias manifestadas y que llegaron a oídos de la sociedad blanca partieron de las mujeres indígenas que vieron sus hijos ser arrancados de sus brazos” (Repetto, 2017, p. 64).

La pretendida incorporación forzada de mujeres a regímenes de trabajo doméstico, y la separación de madres de sus hijos, llevaron a estas mujeres a un escenario dramático de resistencia y dolor, que evidenciaron la falacia de una política de Estado que se pensaba y postulaba como natural y necesaria. Fugas, embriaguez, muerte, enfermedades, cárcel y mutilaciones son algunas de las palabras claves que constan en los registros y que pueden ayudar a medir, aunque sea en parte, la amplitud de ese etnocidio (Repetto, 2017, p. 65).

No obstante, las narrativas hegemónicas que construyeron la historia oficial, ya desde el siglo XIX – y así lo hemos aprendido uruguayas y uruguayos en nuestras escuelas –, insistieron siempre en la lectura de que el Uruguay es “un país blanco y sin indios”. Recién en el año de 2011, se incorporó en el cuestionario del censo nacional una pregunta sobre la ascendencia étnico-racial, revelando que un 5% de la población afirmaba poseer ascendencia indígena. En el departamento de Tacuarembó (en el cual tuvo lugar la Masacre de Salsipuedes) este porcentaje llegaba al 8%. Fue mayormente en dicho departamento donde la antropóloga uruguaya Ana Francesca Repetto, durante la última década, ha intentado saber sobre la suerte de los charrúas y de sus descendientes, si es que los hubo, recurriendo a testimonios orales como una fuente de sus investigaciones. Los relatos recogidos por Repetto son desgarradoramente tristes. Quienes sabían o sospechan de su ascendencia charrúa aprendieron a callarla durante casi dos siglos, puesto que ser “indio”, así como ser “negro” o “mestizo” no era bien

visto en una cultura que se vanagloriaba de haber descendido de los barcos, como parte del contingente de inmigrantes que llegaron desde Europa.

Una conclusión significativa de las investigaciones de Repetto resulta en advertir las cuestiones de género involucradas en esta tragedia. Pues, aún los trabajos historiográficos que reconocen la aniquilación de los charrúas, lo hacen del punto de vista de la presencia masculina, en operativos militares, quedando completamente invisibilizado el destino que padecieron las mujeres charrúas, sus sufrimientos y sus roles en los entornos domésticos como mano de obra en condiciones de esclavitud. “El mayor recuerdo que se tiene de las masacres está vinculada al asesinato de los hombres guerreros; su narración en los circuitos administrativos fueron hechos por mano y pluma masculina, y las acciones de gestión estatal pensadas por dominios masculinos” (Repetto, 2017, p. 63). Esto no es un dato menor.

Los hombres son más propensos al suicidio. De acuerdo a la OMS, la tasa de suicidios en hombres es mayor que en mujeres, siendo esta relación de 3,5 a 1 (Hein et al., 2020) y esta media mundial se cumple también en Uruguay. Investigaciones acerca de esta brecha de género revelan que la identidad masculina continúa siendo construida en nuestra cultura en base a atributos como poder, dominación, competitividad, agresividad, coraje, control e invulnerabilidad, entre otros. Ello conlleva a que cuando un hombre no siente que satisface estas expectativas que sobre él pesan, ni es capaz de pedir ayuda, ya que esto sería reconocer su vulnerabilidad – *boys don't cry* –, es factible que caiga en estados depresivos o cometa actos de autoeliminación (Möller-Leimkühler, 2003).

El genocidio indígena en nuestro país ha sido doblemente silenciado, por la construcción de una identidad nacional “sin indios” y también “sin indias”. Las tentativas colonialistas, de emplazar sobre el territorio la arquitectura de un país moderno y europeo, implicaron soterrar con esmero

los vestigios de los muertos y de las muertas. No sólo en la tierra, también en la memoria. Pero, como destaca Walter Mignolo (2017, p. 412), “hay un silencio activo en el rostro oscuro de la modernidad”. Y este encubrimiento que subyace bajo la edificación de una modernidad – inherentemente colonial y mal cimentada sobre las grietas de la injusticia – configura, tal vez, el trauma de una sociedad que hoy desconoce las causas de su propia tristeza y melancolía. Parecería que la inercia de la masacre, iniciada por el colonialismo, continúa cobrando vidas a través de este extraño vicio social hacia el suicidio. La percepción distópica de un proyecto resquebrajado de progreso anticipa su propia ruina; pues no hay esperanzas donde “la colonialidad era y sigue siendo el rostro oscuro de la noble misión y del proyecto aún incompleto de la modernidad” (Mignolo, 2017, p. 412).

Las organizaciones indígenas e indigenistas de Uruguay, aún hoy, continúan reivindicando el reconocimiento por parte del Estado del genocidio contra el pueblo charrúa que permita un revisionismo de las versiones oficiales, la ratificación del Convenio 169 de la OIT sobre los derechos de los pueblos indígenas y tribales (pues Uruguay y Surinam son los únicos dos países de América Latina que no lo han ratificado) y la declaración de Salsipuedes como un lugar de memoria.

¿Evitará esto la epidemia de depresión y de suicidios en el Uruguay? No es posible tener esa respuesta. Si bien, de acuerdo con Benjamin, sería un intento loable de resarcir *in memoriam* a las víctimas de tamaña injusticia histórica y tal vez de curar el trauma colectivo que sobre esta sociedad pesa. Los paisajes de tristeza y desolación que percibo en mi país, y que pretendí bosquejar en este texto, no son apenas frágiles imágenes. “Las experiencias de dolor y felicidad, vida y muerte, decepciones y sueños, cargan de alguna forma esos lugares de una magia peculiar, propia de los pueblos” (Ganduglia, 2019, p. 118). También afirma Leonel Lienlaf, el poeta mapuche, que “la

concepción occidental del tiempo es lineal, en tanto que la indígena es una concepción circular [...] El pasado está adelante, al frente, porque es lo que yo estoy viendo. En cambio, el futuro no lo veo porque lo tengo atrás” (Lienlaf en Sierra, 2010, p. irregular). Lienlaf coincide con Benjamin en que las experiencias vividas no son algo que simplemente queda atrás, menos aún cuando ellas son parte crucial de la historia de una comunidad. En este sentido, las conquistas, los fracasos y en general todas las reivindicaciones de las generaciones pretéritas coexisten en el presente. Repito la misma pregunta, formulada esta vez de otra forma: ¿curar a la sociedad uruguaya de este trauma sepultado en sus memorias evitará tanta deserción a la propia vida? No lo sé. Pero en la difusa posibilidad de que ello sea cierto, la lectura de este texto contribuirá a pacificar nuestras conciencias y quién sabe... evitará alguna muerte.

Referencias

AGAMBEN, Giorgio. *Desnudez*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2011.

ARENDT, Hannah. *Hombres en tiempos de oscuridad*. Barcelona: Editorial Gedisa, 1990.

BENJAMIN, Walter. *El libro de los pasajes*. Madrid: Ediciones Akal, 2005.

BENJAMIN, Walter. *Origem do drama barroco alemão*. Tradução, apresentação e notas: Sergio Paulo Rouanet. São Paulo: Editora Brasiliense, 1984.

BENJAMIN, Walter. *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. México, D.F.: Itaca - Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2008.

BRACCO, Diego. *Con las armas en la mano: charrúas, guenoa-minuanos y guaraníes*. Montevideo: Editorial Planeta, 2013.

BUSCH, Germán Adolfo. *El suicidio en Uruguay*, análisis y reflexiones desde la sociología. 2012. 45 f. Tesis (Licenciatura en Sociología). Montevideo: Facultad de Ciencias Sociales - UDELAR, 2012. Disponible en: <https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/handle/20.500.12008/25081>. Acceso en: 18 feb 2024.

DURKHEIM, Émile. *El suicidio*. Estudio de sociología. Madrid: Editorial Reus, 1928.

FOUCAULT, Michel. *Historia de la sexualidad 1*. La voluntad de saber. México, D.F.: Siglo XXI Editores, 2007.

GAGOSIAN PREMIERS. “Anselm Kiefer: Field of the Cloth of Gold”. *Gagosian Premiers*, 23 marzo 2021. Disponible en: <https://gagosian.com/exhibitions/2021/anselm-kiefer-field-of-the-cloth-of-gold/>. Acceso en: 18 febrero 2024.

GANDUGLIA, Néstor. *Historias mágicas del Uruguay interior*. Montevideo: Editorial Planeta, 2019.

HEIN, Pablo; PANDOLFI, Jimena; GÓMEZ, Gabriel. “No escribo más... se me nubló la vida. Análisis de notas suicidas en la vejez”. *Revista de Ciencias Sociales*, Montevideo, v. 33, n. 46, p. 11-29, ene./jun. 2020. Disponible en: <https://www.gub.uy/ministerio-desarrollo-social/sites/ministerio-desarrollo-social/files/documentos/publicaciones/1730.pdf>. Acceso en: 18 feb 2024.

HEIN, P.; PANDOLFI, J.; GONZÁLEZ, Víctor Hugo. “Presentación: suicidio y sociedad”. *Revista de Ciencias Sociales*, Montevideo, v. 33, n. 46, p. 7-10, ene./jun. 2020. Disponible en: <https://www.gub.uy/ministerio-desarrollo-social/sites/ministerio-desarrollo-social/files/documentos/>

publicaciones/1730.pdf. Acceso en: 18 febrero 2024.

INFOBAE. “Por qué hay tantos suicidios en Uruguay”. *The Economist Newspaper Limited*, Buenos Aires, 26 noviembre 2023. Disponible en: <https://www.infobae.com/economist/2023/11/26/por-que-hay-tantos-suicidios-en-uruguay/#:~:text=Muchas%20personas%20mayores%20sufren%20soledad,se%20espera%20que%20sean%20estoicos>. Acceso en: 18 febrero 2024.

LÖWY, Michael. *Walter Benjamin: aviso de incendio*. Una lectura de las tesis “Sobre el concepto de historia”. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2002.

LISSARDY, Gerardo. “¿Por qué se suicidan los uruguayos?” *BBC Mundo*, New York, septiembre 2012. Disponible en: https://www.bbc.com/mundo/noticias/2012/09/120907_suicidios_uruguay_causas_gl. Acceso en: 18 febrero 2024.

MIGNOLO, Walter. *El lado más oscuro del Renacimiento*. Alfabetización, territorialidad y colonización. Cali: Editorial Universidad del Cauca, 2017.

MÖLLER-LEIMKÜHLER, Anne Maria. “The gender gap in suicide and premature death or: why are men so vulnerable?” *European Archives of Psychiatry and Clinical Neuroscience*, London, v. 253, n. 1, p. 1-8, feb. 2003. DOI: 10.1007/s00406-003-0397-6. Disponible en: https://www.researchgate.net/publication/10832400_The_Gender_Gap_in_Suicide_and_Premature_Death_or_Why_Are_Men_So_Vulnerable. Acceso en: 18 febrero 2024

NIETZSCHE, Friedrich. *La ciencia jovial*. La gaya scienza. Caracas: Monte Ávila Editores, 1990.

REPETTO, Ana Francesca. *Uma arqueologia do apagamento: narrativas de desaparecimento Charrúa no Uruguai desde 1830*. 2017. 155f. Dissertação (Mestrado em Antropologia Social). Rio de Janeiro: Programa

de Pós-Graduação em Antropologia Social, Museu Nacional, UFRJ, 2017. Disponível em: <http://objdig.ufrj.br/72/teses/862941.pdf>. Acesso em: 18 febrero 2024.

REPETTO, Ana Francesca. “Un país con indios: procesos de reconstrucción étnica charrúa y algunas de sus tensiones en el Uruguay”. *Espaço Ameríndio* - UFRGS, Porto Alegre, v. 17, n. 1, p. 82-99, ene./abr. 2023. Disponível em: <https://seer.ufrgs.br/index.php/EspacoAmerindio/article/view/130855/88549>. Acesso em: 18 febrero 2024.

SIERRA, Malú. *Un pueblo sin estado*. Mapuche, gente de la Tierra. Santiago de Chile: Catalonia, 2010. [versión Kindle].

Submissão: 21/02/2024
Aceite: 04/07/2024

<https://doi.org/10.5007/2176-8552.2024.e98659>

*Esta obra foi licenciada com uma Licença Creative Commons
Atribuição-Não Comercial 4.0 Internacional.*